

EN EL IV CENTENARIO DEL DR. ARIAS MONTANO

LA VERSIÓN MÉTRICO-LATINA DEL SALTERIO HEBRAICO

Diamante de múltiples facetas, el ingenio de Arias Montano, no se puede debidamente conocer, sino estudiando por separado cada una de sus distintas actividades, entre las cuales no ocupa el postre lugar la de poético traductor de los Salmos.

Desde los albores de la juventud descolló el polígrafo extremeño como poeta latino verdaderamente extraordinario. Estudiante aún en la Universidad de Alcalá, fué en acto público coronado con el laurel poético, distinción no concedida allí hasta entonces a ninguno. Y preciso es confesar que no quedaron defraudados tan felices auspicios. Ahí están, si no, para comprobarlo sus cuatro clásicas obras en versos latinos, capaz cualquiera de ellas de granjearle puesto de honor entre los poetas príncipes del Renacimiento.

Es la primera una *Retórica* en exámetros que, distribuída en cuatro libros, engalana la aridez didáctica con profusión de luces y matices. La segunda, que se intitula *Monumento humanae salutis*, enaltece sucesos y personajes bíblicos en 72 odas de contextura horaciana y levantado vuelo, y fué en el siglo XVIII vertida en versos castellanos por el P. Benito Feliú, de las Escuelas Pías. Asimismo de asunto sagrado es la tercera, que lleva por epígrafe general *Hymni et Saecula*. Y, por último, la magnífica versión de todos los salmos en diferentes metros latinos, verdadero alarde de ingenio que supo hermanar con la elegancia del verso el sentido genuíno de la verdad hebraica. El título de esta postrera obra, a la que en este rápido estudio vamos a circunscribirnos, suena así: *Davidis Regis ac Prophetae aliorumque sacrorum Vatum PSALMI, ex hebraica veritate in Latinum carmen a BENEDICTO ARIAS MONTANO observantissime conversi, Antuerpiac, ex officina Christophori Plantini, 1573.*

Corría el año de 1572, el último de los cuatro que las prensas plantinianas de Amberes gastaron en imprimir la monumental Políglota

regia, *Miraculum orbis*. Arias Montano, alma y director de la edición trabajaba con febril actividad en dar la última mano a cuantiosos originales del *Apparatus* de la Políglota y en revisar con tenacidad hercúlea y científica escrupulosidad la dificultosísima corrección de pruebas.

¿Quién creyera que iba a encontrar entonces vagar suficiente para acometer con quietud y denuedo la traslación en elegantes estrofas líricas de todo el Salterio de David? Pues eso es puntualmente lo que aconteció. Impelido de fuertes estímulos, puso sin vacilar manos a la obra y, en breve plazo, con robustez de gigante, la acabó.

Varios eran los móviles que le impulsaban. Primero, su misma inata y vehemente inclinación a la poesía sagrada. Acababa de publicar el año precedente, de 1571, un voluminoso infolio comentando los Doce Profetas Menores, volumen en que campeaban, aparte de otras poesías, dilatadas odas votivas, de admirable moldeado y entonación, sobre cada uno de los Profetas. Parecía no sentir fatiga en esas poéticas labores, sino descanso y gusto; por eso, volvió a emprender otras de nuevo. Pues bien necesitaba a la sazón su ánimo de consuelo y deleite, abrumado, como estaba, no sólo del peso de sus habituales y serias tareas, sino más aún de las contradicciones y tempestades que se iban fraguando contra él, y que, llenándole de pesadumbre, le acrecentaban la nostalgia del patrio suelo, y más en particular, de su amado retiro de Aracena. Como lenitivo, pues, a esos pesares, consagró los días festivos del año 1572, en gran parte, a traducir en verso los Salmos. Así lo testifica él mismo en una inspirada oda de 38 estrofas alcaicas, impregnada de subido lirismo y varonil melancolía, donde va describiendo las vicisitudes y amarguras por que en aquellos tiempos hubo de pasar. Figura a guisa de epílogo al final de la traducción, y está dedicada a su íntimo amigo el canónigo sevillano Pedro Vélez de Guevara.

Por otra parte, como los ocios del autor eran ocios de sabio, cuidaba también de aprovechar con ellos a otros, negociando así con el talento que el Señor le había confiado. Privaba en aquella generación de humanistas el gusto por la métrica clásica del Lacio; y utilizando el laureado poeta ese recurso que la ocasión le brindaba, de él se valió como de vehículo para vulgarizar sus conocimientos de la lengua santa y hacer sentir las líricas bellezas de los vates de Israel.

Ni se encontraba solo en aquella palestra. Varón tan grave como

el Padre Mariana, censor que fué, elegido por la Inquisición, para dictaminar sobre las acusaciones formuladas contra Arias Montano, no conceptuó labor desaprovechada verter, como lo hizo egregiadamente, en dísticos latinos, todo el Libro de los Proverbios y el del Eclesiastés, y con más galana variedad de metros, el sagrado Cantar de los Cantares. Y el no menos afamado intérprete Gaspar Sánchez, S. J., añadió a sus comentarios sobre Jeremías una elegantísima versión métrica de todas las Lamentaciones.

Sin salir de los Salmos, hallaríamos al paso el ejemplo en la antigüedad de las paráfrasis poéticas de San Paulino de Nola y de Drepanio Floro, y entre los contemporáneos de nuestro Frey Benito Arias, las renombradas de los humanistas Jorge Buchanan, Juan Boquio y Marco Antonio Flaminio. Pero de todas ellas se diferencia, de modo inconfundible, la de Arias Montano, quien al someter su versión a la censura protesta "no existir en toda ella vocablo, figura ni ornamento de dicción de que no se pueda dar razón patente con el significado de las voces hebraicas, sin haber el intérprete aportado otra cosa de suyo sino las dicciones y versos en latín".

Y, en efecto, el docto filólogo jesuíta Juan Harlem, habiendo, para muestra, cotejado con el original la traducción de varios salmos: "He hallado—decía—lo que mucho me agradaba y me arrebataba en suma admiración: el ver expresada con tanta fidelidad la fuerza y energía de las palabras hebreas, sin que se eche de menos matiz ninguno que no esté reproducido en esos versos." Con éste convienen los otros tres elogios que encabezan la versión, debidos a la pluma de los cultísimos hebraizantes Francisco Rafeleñgio, Jorge Stenio y el más conocido de nosotros, Andrés Masio, por su célebre comentario a Josué, que figura en el Curso escriturístico de Migne.

Tras de los elogios ajenos viene un poético prólogo tripartito, escrito en sueltos y elegantes versos por el autor, que al decir de Menéndez Pelayo era un Lope de Vega en metros latinos. Gústese, para prueba, de este fragmento con que comienza, increpando a su lira:

O me quae teneris soles
 Delectare modis barbyte, eur diu
 Laxis artibus horrida
 Et suspensa taces? desere ferreos
 Uncos, excute pulverem, ac

Nervos imparium turbine clavium
 Contentos anima in sonum;
 Et gratam superis laetiam move
 Mecum, si libet ordinem
 Exercere novum: carmina concines,
 Olim quae veniens polo
 Dictabat facilis numine Spiritus,
 Iudea in montibus arduis,
 Formoso ante alios, sed magis et pio,
 Pastori nivei gregis;
 Cui rexisse pecus, cui Deus asperos
 Ursos sternere; cui dabat
 Perfregisse feris ora Leonibus.

El cuerpo de la obra se divide, conforme al Salterio hebraico, en cinco libros. Siempre precede, en intachable prosa, el argumento del Salmo; sigue, en el centro de la página, la versión estrófica. Al margen interior va en tipos diminutos el texto hebreo, y al exterior sabias anotaciones a los versículos más difíciles; de manera que, enlazándose lo grato de la versificación con lo científico de los pensamientos, se exhiba un comentario fiel a tenor de la letra primitiva.

El poeta, por adaptarse a la variedad de tonos de los cantos que vierte, adopta múltiples combinaciones métricas, sin arredrarse ante las más árduas: alcaicas, sáficas, dísticas, yámbicas, asclepiadeas; rara vez, puros versos heroicos. En expresar con fluidez la ilación y marcha lírica del poema es diligentísimo. Un ejemplo entre mil, el principio del salmo II:

Quid iste gentium tumultus omnium,
 Manuque pacta foedera,
 Cui tanta mundus extruit pericula?
 Cui tendit immanes minas?
 Terraque iuncta conferunt negotia
 Cum regibus simul duces,
 Omnes ut alta coepta dissipent, sacri
 Unctumque deturbent Dei.
 Rumpamus arcta vincula, et grave imperi
 Age, heus, repellamus iugum;
 Et colla reges atque gentes libera

Spretis feramus legibus.
 Ast, qui poli patentis alto culmine
 Astrisque rector insidet,
 Curam inquietam et insolentes impetus
 Aususque ridens despicit:
 Verbisque promptus intonabit acribus
 Queis corda dura concutit,
 Et queis furentes frangit ille spiritus
 Terrore percuslos gravi.

De su adhesión infatigable a la verdad hebraica nos darán idea selectos casos típicos. En el célebre verso 17 del salmo 21, harmonizando la lectura primitiva “*Taladraron mis manos y mis pies*” con la actual del texto masorético “*Como león, mis manos y mis pies*”, opina que las dos a una se acomodan aptísimamente a Cristo; por donde, fundiéndolas a ambas, traslada así:

Nam me praerabidi turba nocens canis
 Circumducta feris ictibus obsidet;
 Perfodere meas cum pedibus manus
 Frendens unguibus ut leo.

Lo propio que, con más habilidad aún, hizo otro ingenio gemelo, Fray Luis de León, en su paráfrasis castellana:

Con tan agudos clavos
 tienen mis pies y manos traspasadas,
 cual los leones bravos
 rasgar y enclavar suelen
 a quienes hieren sus garras aceradas;
 y mis huesos me duelen
 tanto, que uno a uno
 contaré todos sin quedar ninguno.

Otro caso típico nos le suministran los poemas alfabéticos, cuyo artificio cuida de retener, aun a trueque de ligarse con nueva atadura al férreo yugo de la métrica de Horacio. Y si como acontece en el salmo 118, cada ocho versos consecutivos empiezan por la misma letra, aun eso se esforzará por reproducir, según lo patentizan los versículos 33 a 40:

Hoceris doceasque viam me, posco, tuorum
 Decretorum IAS, quam sequar in solidum.
 Hic me tu erudiens doceas modo, lex tua cordi
 Sic sacra, sic constans, sic erit apta meo.
 Hanc volo, tuque mihi hanc monstra, quae certa tuorum
 Est praeceptorum semita, quam cupio.
 Hoc tua propensum cor testamenta petat fac,
 Semotum turpi sorde et avaritia.
 Hos oculos, ne vana queant, diverte, videre;
 Meque tua inspira viviscaque via.
 Huic statues dictumque tuum responsaque servo,
 Quaeque tui possunt accumulare metum.
 Horrens quodque tuli opprobrium, durum, mihi transfer,
 Quippe tua, agnosco, sunt bona iudicia.
 Hic mandata animus cupit en tua, vivere me fac
 Iustum, iustitiae participemque tuae.

Como habrá observado el lector, cada uno de los ocho versículos comienza por la letra *H*, correspondiente al *He* hebreo.

Pero más característico aún es el empeño tenaz de conservar en cada caso la fisonomía y matiz propio de los nombres divinos, conforme al original. Para los más encontró designaciones distintas y aptas; pero en el llamado *tetragrámaton* tropezó con obstáculo insuperable al quererle incluir íntegro en la medida del verso. Ideó, por tanto, emplear el nombre abreviado *Iah*, que se lee a veces en el Antiguo Testamento y aparece también en los compuestos teóforos Abdías, Sofonías, Zacarías, permitiéndose tan sólo la licencia de acomodarle a los casos de la declinación latina bajo la forma: *Ias, Iae, Iam, Ias, Ia*. He aquí el principio del salmo “*Laudate pueri Domini*”:

IAM vos famuli tollite laudibus,
 IAE nomen age ac laudibus edite:
 IAE nunc celebre et nomen in ultima
 Ultra et saecula personet.
 Unde et sol oritur, quaque cadens subit,
 IAE nomen erit laudibus inclytum.
 IAS celsus enim gentibus omnibus,
 Caelis amplius et eminet.

Se puede dudar si ese esfuerzo por mantener el mismo nombre hebreo compensa lo exótica que nos resulta en latín una voz, a la que no se habitúa el gusto fácilmente. Tal vez sea este el lunar que más belleza roba a la versión, como asimismo cierta oscuridad de que ya le tildaba delicadamente el P. Harlem, nacida, sin duda, del nimio artificio por amoldarse hasta lo sumo a los modelos que traslada. Cuando el vate se explaya a su placer, como en los prólogos y epílogo, su riqueza y fluidez raya en prodigiosa.

Y ahora, para terminar, ninguna reflexión más apta que la que el sabio autor de la "Historia de las ideas estéticas en España" consigna al coronar su estudio sobre la *Retórica* en verso del polígrafo Arias Montano: "¡Y cuando se piensa", escribe, "que el hombre que dejó a millares versos latinos de tan exquisita factura como estos, caídos sin esfuerzo de su pluma y de sus labios, fué además el primer hebraizante y el primer escriturario del siglo XVI, y levantó aquel monumento de la Políglota de Amberes, y fué además, como si toda esta actividad filológica no le hubiera agotado, naturalista, filósofo, arqueólogo, político y corrector de infinitos libros ajenos en la imprenta de Plantino, el ánimo se abisma y todo parece pequeño en confrontación con estos *Epigones* de la cultura moderna..., cada uno de los cuales hizo la obra de un siglo entero de eruditos!" (1).

SANDALIO DIEGO

Universidad Pontificia de Comillas.

(1) M. MENÉNDEZ Y PELAYO, *Historia de las ideas estéticas en España*, t. III. (Madrid, 3.^a ed. 1920, p. 254).